

HIRUNDO, por *Alberto Ried*.

Bien calzarían tras la portada de este nuevo libro (1) que firma Alberto Ried, aquellas palabras de Darío Niccodemi: *es imposible dar luz sin consumirse; y el arte es esto mismo: consumirse mucho para dar un poco más de luz*. Ellas resumen la vida y los anhelos de este artista, hasta este momento en que ha logrado definirse e imponerse en términos absolutos.

La biografía de Ried equivale a una vía crucis. Quienes la estudien habrán de detenerse en cada anotación, y meditar acerca de un tormento, de una inquietud estrangulada, de una esperanza fallida. Y nadie, ni siquiera él mismo, sabrá decir si la amargura de su destino nació de supasión por el arte, o si en ésta se engendraron las tristezas de su suerte. La afición a las ciencias naturales y la minuciosidad germánica de sus ascendientes, se unen en él a la curiosidad, el romanticismo y la tendencia artística que también heredara de abuelos italianos. Ha sido, en consecuencia, un soñador instintivo, un hombre de otro mundo, que se vió encadenado a las miserias de éste.

La angustia con que ha vivido en un ambiente demasiado pequeño para él, explica la multiplicidad de su obra. Las emociones rebosaron de su corazón. No ha hecho, durante años, otra cosa que buscar formas que las contuvieran, verbo que acertara a traducirlas. El romanticismo le dió además sed de totalidad.

(1) *Hirundo*. Editorial Cóndor. Santiago, 1930.

Ried ha sido el más entusiasta co-operador de todo nuevo proyecto; se entusiasma con una idea hasta llegar a sugestionarse. Siempre busca en todo el rasgo original. Deja en sus obras una huella personalísima. Eterno atormentado, busca otra cosa distinta de la que presencia, otro mundo mejor que aquel en que actúa. Su temperamento lo hace anacrónico en esta aldea santiaguina, en el corro de comadres. Y el mezquino afán cotidiano no ha logrado más que acrecentar esa tendencia hacia el arte y ha hecho más vivas sus ansias de huir de sí mismo.

Primeramente publicó *El hombre que anda*, libro en que se descubre una poesía que pudiéramos llamar *wagneriana*: de tonos graves, profundos, de análisis científico de la naturaleza, de aspiración a la inmensidad. Luego su espíritu curioso, ávido de investigaciones, lo indujo a traducir el diario de viaje escrito por su abuelo don Aquinas Ried, cuyas interesantes observaciones han sido agrupadas bajo el título *De Valparaíso a Llanquihue*. Entretanto, Ried lograba merecidos éxitos como pintor; colaboraba en la revista de *Los Diez*; edificaba su casa; esculpía sus sueños en piedra. Viajó. Vivió. Tras de haber sido herido muchas veces por la suerte, dió a luz sus *XXI meditaciones*, cuya perfección las hizo inaccesibles al público chileno. Y, ya en plena tragedia espiritual, escribió *La casa loca* (1), poema maravilloso,

(1) Séanos permitido anotar, de paso, una particularidad de esta obra. En su portada se lee: *Evocación de Millaray, prólogo por Roberto Meza Fuentes, y La casa loca*,

árbol magnífico que permanece incólume en medio de tierras devastadas.

No ha amenguado el dinamismo de Ried. Bien podemos constatarlo en *Hirundo*. En él se nos ofrece un compendio de la personalidad de su autor. Es su obra definitiva, consagratoria. Es su propia obra. Tiene la multiplicidad y ese matiz cinematográfico de su temperamento. Los veintidós cuentos de que se compone el volumen pasean al lector por todas las latitudes, desordenadamente, como lo hacen los recuerdos y las esperanzas. No equivalen en modo alguno a anotaciones de viajes; no siguen un itinerario. Falgairolle ha dicho en el prólogo: *Los chilenos, que viven sobre un inmenso malecón, limitado por la naturaleza, entre los Andes y el más vasto de los océanos, están siempre a punto de partir*. Pocas veces se hace una observación con mayor exactitud y oportunidad. Después de leer *Hirundo*, puede pensarse que Ried no ha partido; que es sólo un hombre que contempla el mar desde el inmenso malecón y que, en los ca-

epílogo ingenuo por Alberto Ried. Es un volumen compuesto de treinta y una páginas numeradas. El prólogo alcanza hasta la veintiuna. El epílogo comprende las restantes. ¿Y el libro? El libro no existe. No hay más que prólogo y epílogo. Cuando nos referimos al poema de Ried, prescindimos de la definición, del nombre de epílogo, que él quiso otorgarle. Su valor intrínseco le permite independizarse de cosas accesorias. He aquí un detalle curioso, que ha de servir para estudiar los rasgos originales de Ried y el tormento espiritual que sufría mientras escribió esos versos admirables.

prichos de la espuma y el retorcimiento de las aguas, ve países que los demás ignoramos. En algunos cuentos la imaginación da vida a cuadros fantásticos. En *Hirundo* están contenidos muchos pensamientos, muchas emociones, que sólo han encontrado forma ahora, al término del viaje—en el recuento de los peces que han quedado prendidos en las redes.

Pero en este libro no todo es imaginación y lastre emocional. Ried describe, con su maestría para el croquis, a grandes rasgos; incrusta brochazos de realidad en cuadros de fantasía. Su cuento *Friné* lo demuestra. Junto a las alucinaciones de Javierito, a su sensualidad provocada por una enana imaginaria, están su borrachera, pintada magistralmente, y los matices de su idiosincrasia de niño bien, de criollo instalado en París. *Dolores Celeste Brighton*, el último del libro, contiene ansias de corazón insatisfecho, sueños de juventud, de esa juventud que no ha abandonado a Ried después de tanto como lleva vivido. *Amor en Jamaica*, de un sensualismo absorbente, sobrecogedor, conduce el ánimo del lector desde la vida misma al principio que la preside. Y así muchos otros, en los cuales se analizan doctrinas estéticas, sentimientos e ideas, sin incurrir en la declamación apostólica.

Rara vez puede un escritor ofrecer una síntesis tan completa de sí mismo. *Hirundo*, desde este punto de vista, significa una sorpresa. Y su autor ha de haber sido el primero de los sorprendidos. Ried ha tenido que comprender que ésta es su hora suprema, que ha pronunciado la pala-

bra que anhelaba desde hace años. En esta obra se ha encontrado a sí mismo. Y con ella se ha colocado en la primera fila. Poesía, pintura, escultura, todo está contenido en este volumen. Aun su propia vida dolorosa.

Después del viaje, ha detenido el paso; ha mirado hacia atrás, abarcando el horizonte, y la imagen se ha convertido en estatua. Ried ha logrado una forma para su emoción. Y ha ganado el primer puesto.—*F. Ortúzar Vial.*

BIOGRAFIA

ANGEL GANIVET, por *Quintiliano Saldaña.*

Angel Ganivet, como Larra, vivió poco tiempo, escribió poco y se quitó la vida en un instante de desesperación. Hoy se le comenta y se reconoce que sus ideas han tenido una extraordinaria repercusión y que en gran parte a ellas se debe la transformación ideológica de España desde fines del siglo pasado hasta hoy. El paralelo entre Larra y Ganivet ocurre con detenimiento en este libro (1), que ha escrito Quintiliano Saldaña, catedrático en la Universidad de Madrid.

Sobre tema tan incitante como la vida y la obra de Ganivet el profesor Saldaña ha compuesto una obra de difícil lectura pero llena de ideas pe-

(1) Librería y Casa Editorial Hernando. Madrid, 1930.

regrinas y novedosas. La dificultad de la lectura se debe a que el autor maneja un lenguaje retorcido, inficionado por el conceptismo, que pone a prueba los nervios del lector. No nos arrastre, sin embargo, este antecedente a desdeñar la frecuentación de este libro.

La documentación de Quintiliano Saldaña es copiosísima y no se reduce a pocas fuentes sino que las domina todas. En efecto, fuera del conocimiento profundo de la obra de Ganivet, se refleja en estas páginas el trato de las personas que tuvieron amistad con el pensador granadino y de sus familiares. A pesar de todo esto, el libro que nos ocupa deja una impresión de insuficiencia. Parece como que el autor no hubiese tomado su trabajo con el grado de seriedad debido o que las ideas de Ganivet hubiesen resbalado por su espíritu, sin penetrarlo debidamente.

La forma escogida por el autor para componer su obra es también defectuosa e influye en la impresión del lector. Este libro se compone de dos partes; la primera, titulada *El hombre*; la segunda, *El escritor*. Esta división lleva al autor a numerosas repeticiones y a considerar los mismos datos en la primera desde un punto de vista, y en la segunda desde otro. No hay unidad, no hay perfecta coordinación en la obra, y eso el lector lo siente claramente.

Con eso y todo, este libro quedará como un buen instrumento para iniciar el estudio de la obra complejísima de Ganivet. Tal vez lo más valioso de él sean las páginas 88-101, en que se ofrece una bibliografía ganivetista bastante completa que ha